

Matices de la historia: el caso de Chiapas

Los ensayos que a continuación se presentan fueron originalmente preparados para una conferencia llevada a cabo en la State University of New York, en la ciudad de Albany, en marzo de 1986, bajo el patrocinio del Institute for Mesoamerican Studies y el departamento de antropología de dicha institución. Tal foro no tuvo tema central, más allá del reconocimiento de la situación en la que se encuentran los estudios históricos relativos a Chiapas, México.

Por cuestiones prácticas sólo fue posible invitar a dicho evento a un reducido número de estudiosos, el que por consiguiente no fue adecuadamente representativo del campo de estudios históricos de Chiapas. El evento fue particularmente polarizado por disciplinas (la antropología dominó), nacionalidades (nueve de los trece participantes fueron de los Estados Unidos) y período histórico (se le dio mayor énfasis a las épocas prehispánicas y coloniales). Desafortunadamente, por consideraciones prácticas aún más restrictivas, estuvimos obligados a combinar dichas polarizaciones en la colección de ensayos que aquí presentamos. Por el momento, solamente podemos enfatizar la naturaleza burda de la selección de nuestra colección y trabajar con más esmero en lo futuro para lograr una mejor representación —especialmente por parte de nuestros colegas latinoamericanos. Casualmente, entre aquellos que también participaron en la conferencia y que por diversas razones no contribuyen con sus ensayos en este volumen, se encuentran Sergio Quezada (Universidad Autónoma de Yucatán), Miguel León-Portilla (Universidad Nacional Autónoma de México), Evon Z. Vogt (Harvard University),

Murdo MacLeod (University of Florida), Flavio Rojas Lima (Seminario de Integración Social Guatemalteca) y Christopher H. Lutz (Centro de Investigaciones Regionales de Mesoamérica/Plumsock Mesoamerican Studies).

La conferencia fue organizada por Robert M. Carmack y Gary H. Gossen de SUNY/Albany, mientras que Mario Humberto Ruz (UNAM) relevó a Gossen en lo referente a la preparación y la revisión de la colección final de ensayos. Como ha sido frecuentemente el caso en asuntos de esta índole, Christopher H. Lutz facilitó el estímulo inicial para compilar los documentos en publicación final. Subsecuentemente, con su usual entusiasmo y atención personal, llevó la batuta en la coordinación de las tareas editoriales necesarias. No existe hipérbole al decir que, sin su aporte, estos ensayos no hubieran podido ser publicados como una colección. Carmack y Ruz agradecen especialmente a los autores, quienes sin excepción fueron cooperantes y accesibles.

Quizá ya se haya dicho suficiente como para mantener al lector alerta sobre la naturaleza heterogénea de esta colección. Estamos de acuerdo en que ninguna cantidad de editorialización podría cambiar lo anterior. Sin embargo, también estamos de acuerdo en que algunos comentarios generales sobre estudios históricos de Chiapas serían útiles al lector para ubicar los ensayos dentro de un contexto más significativo. Teniendo esto en cuenta, a continuación presentamos los comentarios de Ruz, seguidos por los de Carmack.

Despinas y portulanos chiapanecos

Si tuviéramos que recurrir a una imagen para hablar acerca de la escritura de la historia de lo que hoy constituye el estado mexicano de Chiapas, un símil adecuado sería quizá el de aquellas antiguas cartas náuticas llamadas por extensión portulanos, donde pilotos, viajeros avezados y cosmógrafos marcaban puertos interiores y exteriores a los que podrían arribar las naves para guarecerse o aprovisionarse antes de continuar la travesía.

Allí aparecen islas y costas bien delineadas, desembocaduras de corrientes hidrográficas, cierto viento antropomorfizado, algunas ciudades costeñas populosas en el momento —e incluso otras de tierra adentro, famosas en el pasado, cuya situación geográfica es a menudo apenas aproximada— y dos o tres ejemplares de la flora y fauna locales artística y arbitrariamente distribuidos, a los que a veces acompañan nativos estereotipados, monstruos legendarios o creaciones mitológicas de reputación probada. Cara al mar externo, los portulanos dan con gráfica frecuencia la espalda a la tierra interior, ignota, mítica, apenas entrevista, apenas delineada.

Al mismo tiempo y a la manera de Despina (una de aquellas ciudades fantásticas imaginadas por Italo Calvino), la recreación de la historia de Chiapas es tan diversa como los deseos que invaden al viajero que se le aproxima; quien viene del desierto la concibe nave, quien la mira desde el mar vislumbra en ella oasis de agua dulce y palmeras cargadas de dátiles. *Ogni città riceve la sua forma dal deserto a cui si oppone*, concluye el escritor italiano.

Continente sólo perfilado, en cuyo interior campean aún a sus anchas los mitos y los estereotipos, la historia de Chiapas ofrece en buena medida el panorama de un desierto con pequeños islotes de verdor aquí y acullá situados. Un desierto donde ni siquiera abundan las caravanas; apenas uno que otro aventurero solitario transitaba por sus lares arqueológicos y documentales hasta hace algunos años.

Cierto que existían desde antiguo cartas de ruta con las cuales poder guiarse, trazadas por conquistadores y misioneros las primeras. Así por ejemplo, Tomás de la Torre, Antonio de Remesal y Francisco Ximénez, cronistas dominicos, habían ya desbrozado senderos que de seguirse fielmente conducían hasta el edificio del logro evangélico, a veces artificiosamente suntuoso. Despina de la orden de predicadores, la Chiapa evangelizada se intentaba oponer al desierto de la idolatría, indigencia y falta de “policía” y opresión civil hispana en que naufragaban los aborígenes chiapanecos antes de llegar los hijos de Santo Domingo.

Más terrenales, Bernal Díaz del Castillo y Pedro de Alvarado bosquejaron otras rutas para ir perfilando lo que

más tarde sería el acceder al mundo chiapaneco; vía los pueblos zoques el primero, camino del Soconusco el segundo. Pero a diferencia del trazo detallado y barroco de los frailes, el de los conquistadores se corresponde con un plano de campaña: obstáculos orográficos, plazas ricas, pueblos o pasos fortificados, aborígenes belicosos o amigables; trazo enérgico, breve y hasta brutal, donde el dato hagiográfico dominico se ve substituido por el destello heroico de las acciones castellanas y en ocasiones incluso de los nativos (a más fuerte el enemigo mayor el mérito del vencedor), aunque tampoco son ajenos al relato los elementos sobrenaturales.

No fueron evangelizadores ni capitanes los únicos en dejar apuntes históricos sobre la provincia del Chiapas colonial; preladados como Las Casas, Pedro de Feria o Francisco Núñez; viajeros como Antonio de Ciudad Real o Thomas Gage (quien nos legó un plano que a ratos se antoja de corsario); acompañantes de expediciones como Nicolás de Valenzuela o Agustín Cano plasmaron en sus escritos algunos derroteros viables para aproximarse al territorio de la historia chiapaneca, ya transitados unos, novedosos otros. Asimismo, aunque excepcionales, no faltaron en la época quienes intentaran trascender el momento y adentrarse en recorridos diacrónicos. Tal es el caso de Ramón Ordóñez y Aguiar, quien con tal fin se dio a hurgar en las "antiguallas" escritas por los naturales, dejando al viento de la imaginación inflar demasiado las velas de su nave.

La tradición de los apuntes de viajeros no se detuvo con la Independencia del dominio español; otras múltiples Despinas chiapanecas cobraron vida después en las descripciones, recreaciones y relatos de quienes venidos desde fuera, con diversos afanes y deseos, vislumbraron la entidad. Así, Galindo, Charencey, Catherwood, Stephens, Charnay, Blom y Ballinas fijaron su atención en lo que de más antiguo ocultaba la tierra bajo sus más recientes epidermis castellana y mestiza. Otros, como Basseur de Bourbourg, Hubert Bancroft, Daniel Brinton, Francisco Orozco y Jiménez o Robert Chamberlain, recurrieron a textos impresos y documentos inéditos para reconstruir porciones de la cartografía histórica del área; gracias a ellos, zonas antes vacías fueron mostrando precisiones; revelando honduras y cimas no imaginadas.

No todos los que se acercaron a la historia de Chiapas lo hicieron arribando a sus costas; hombres de tierra adentro también empuñaron la pluma para —con mayor o menor éxito— rescatar aspectos diversos de su propio pasado. Desde la célebre *Memoria histórica* que redactara Mariano Robles en 1813 para presentar ante las Cortes de Cádiz, los hijos de Chiapas se han avocado a dicha tarea; nombres como los de Emeterio Pineda, Flavio Antonio Paniagua, Manuel Larráinzar, Angel M. Corzo, Alberto Culebro, Gustavo López Gutiérrez, Carlos Cáceres, Fernando Castañón Gamboa, Eduardo Albores, Hermilo López Sánchez, Eduardo Flores Ruíz, Manuel B. Trens, José María Morales, Prudencio Moscoso o incluso el tabasqueño Marcos Becerra, resultan puntos de referencia valiosos para quienes pretendan transitar por el continente chiapaneco con alguna guía, sobre la que a veces habrá que tachar un oasis imaginado, variar las proporciones de cierta construcción señorial, disminuir el alcance de una gesta heroica, devolver a otra su carácter más bien legendario o reinterpretar la carta del periplo historiográfico para devolver a brújulas y remos indígenas el papel que con demasiada frecuencia les han negado los historiadores locales, a menudo empecinados en invocar guía de fragatas y carabelas allí donde el derrotero lo marcaron los cayucos. Porque la Despina histórica que perciben los chiapanecos es también, como cualquier otra, visión parcial de viajero, aunque esta vez llegado de tierra adentro.

Gracias al empeño de historiadores y antropólogos locales y foráneos, nacionales y extranjeros, el rostro histórico chiapaneco ha ido acrecentando con los años sus características de multivocidad. Así, Navarrete, Lowe, Aramoni, Lee, Báez-Jorge, los Cordray, Villa Rojas, Agrinier, Fábregas, Thomas y Velasco Toro se han preocupado por develar los rasgos indígenas no mayenses de un área desde hace centurias multiétnica, mientras que Voorhies, Gasco, Clark, Blake y Ekholm agregaron al perfil montañoso y selvático a que estábamos acostumbrados, los trazos caprichosos de otro Chiapas —el de esteros, lagunas y manglares— habitado y modificado por hombres con experiencias diversas a las de quienes ocuparon junglas, valles centrales y tierras altas.

No obstante y a pesar de tales esfuerzos (a los que se

suman los hechos por MacLeod, García de León, Martínez Peláez, de Vos, Markman, Lenkersdorf, León Cázares, Calnek, Pedrero, Breton, Andrade, Becquelin-Monod, Klein, Gossner, Baroco, Favre, Campbell, Inda, Aubry, Rus, Wasserstrom y muchos otros que resulta imposible enumerar, la visión histórica que hoy tenemos de Chiapas sigue asemejándose a la de una colección de portulanos. No cabe duda que lo anterior está condicionado en buena medida por la magnitud de la empresa, pero tampoco parece ajeno a ello el escaso interés que se ha tenido en delimitar períodos, regiones y tendencias. La orientación localista y cuasi "etnográfica" de los estudios quizá resida en la formación más antropológica que historiográfica de buena parte de quienes nos hemos interesado en la historia de Chiapas; pasando del estudio de comunidades (a veces tercamente consideradas "cerradas") al de entidades mayores o entrevistas en una dimensión cronológica más amplia. La visión etnológica que portamos muchos de nosotros, si bien ha permitido a algunos mayor finura en la recreación del hecho o el dato, nos ha conducido a otros a una comprensión parcial del fenómeno global y, lo que es más grave, a extrapolaciones gratuitas y apresuradas, pecado al que no son tampoco ajenos muchos historiadores del área.

No poseemos aún en el caso del Chiapas colonial, por ejemplo, obras de la envergadura de las de Gibson para el centro de México, MacLeod para el total del territorio centroamericano, o Farriss para Yucatán; textos que a pesar de sus carencias, mayores o menores, constituyen una base viable para visualizar el bosque histórico en su conjunto y de allí proceder a delinear los árboles. A falta de obras de corte macrohistórico y analítico contamos con una serie de textos que da cuenta de espacios restringidos, microtemas o dimensiones sincrónicas. Muchos de ellos podrían catalogarse de meros inventarios de rasgos (algunos, además, expuestos en forma desarticulada), donde no se plantean siquiera interrogantes a las que se intente dar respuesta más tarde; en otras se adoptan en forma mecánica marcos teóricos prejuiciados o elaborados desde el exterior de los requerimientos puntuales de la investigación que obviamente no alcanzan a dar cuenta de la praxis local. Buena parte de la validez de varios de ellos consiste,

hoy, en la factibilidad de su empleo como plataforma para iniciar la ya tan necesaria tarea de plantear cuestionamientos más conceptuales, como la imprescindible periodización o los estudios regionales que nos permitan insertar la experiencia chiapaneca en un contexto histórico mayor.

No podemos tampoco seguir aplicando esquemas rígidos y preconcebidos a la realidad histórica de Chiapas; requerimos de replanteamientos teóricos, aun cuando sean modestos e iniciales, para explicar los fenómenos de que dan cuenta la tradición oral y los textos, manuscritos o impresos. A tales replanteamientos deberán aunarse un verdadero quehacer historiográfico y, ¿por qué no?, cierta dosis de innovación creadora y mucha de humildad.

Ya no es momento, por ejemplo, de hablar de bloques o de comunidades cerradas: ni los sistemas de gobierno (español, republicano o moderno) ni la Iglesia, y mucho menos las etnias indígenas, funcionaron o funcionan como entidades monolíticas tal como se nos pretende hacer creer en múltiples estudios. Por ello, insistimos, se hace cada vez más necesaria la revisión crítica de los trabajos previos, el apelar a otros temas y otros ámbitos, o el interrogar fuentes nuevas y antiguas teniendo en mente la posibilidad de obtener otras lecturas. Así, aproximarse críticamente a ciertos personajes con una perspectiva historiográfica desprejuiciada se antoja un método válido — como tantos otros — para, a partir de ellos, intentar comprender algunas facetas del tiempo y las circunstancias que les tocó vivir, así como la forma en que lo hicieron, evitando la grosera diferenciación en buenos y malos, tan tendenciosa como falsa y sin perder de vista que cartas, diarios y otros documentos privados transparentan, como todo texto, fines particulares e interesados.

El estudio de las miles de fojas que guardan los archivos sobre procesos y litigios por tierras — pasados y modernos — nos posibilitarían, a su vez, el desacreditar uno de los grandes mitos de la historia local: el de la pasividad indígena ante el despojo sufrido a manos del dominador, peninsular, criollo, mestizo o incluso cacique indígena. Emplear el abundante material lingüístico que surgió de la pluma de los frailes es otra de las múltiples perspectivas que se ofrecen a los investigado-

res para aproximarse al proceso histórico colonial. A través de él podemos acercarnos a mucho más que la lingüística histórica, los métodos evangelizadores o la mentalidad misionera; en dichas obras se plasmaron aspectos tan variados como las modalidades de la organización familiar y comunitaria, arquitectura, técnicas de producción y comercio, conocimientos médicos y otros aspectos del saber comunal. La materia prima está allí, esperando no a quien la descubra sino más bien a quien la sepa interrogar y captar sus respuestas. Para ello se requiere de un trabajo continuo e imaginativo, pero también serio y crítico, pues el empleo poco cuidadoso de las fuentes se observa a menudo incluso en trabajos que, en otros aspectos, son de gran valía.

Por lo que toca a las áreas en estudio, es más que obvio que la mayoría de los textos históricos sobre Chiapas se restringen a la zona conocida como los Altos y en particular a ciertas poblaciones aledañas al actual San Cristóbal de Las Casas, lo que ha contribuido sin duda a nuestro conocimiento tan parcial sobre el mundo indígena y a un desconocimiento casi absoluto de lo que ocurría en áreas donde, de manera continua, fueron acrecentándose los pobladores mestizos o aquellas donde se ubicaron negros y mulatos. Si tomáramos los estudios hasta hoy publicados, para con base en ellos redactar una historia del Chiapas colonial, difícilmente aparecerían en el texto los zoques, los nahuas de Soyaló y el Soconusco, los mochós o los cabiles y mucho menos mestizos, negros y mulatos.

Sabemos un poco acerca de dos o tres encomenderos, alguno que otro obispo, cinco o seis comunidades lacandonas, tzeltales y tzotziles; una ciudad ladina, algunos poblados indígenas de las provincias de quelenes y zendales, pero, ¿qué hay sobre Coronas, Chinampa, Zoques, Llanos, Soconusco y Guardianía? ¿Qué hay sobre los trapiches? ¿y las fincas? ¿y los ranchos?... Portulanos, apenas portulanos. La clase de portulanos donde se pasean estereotipos, que desde hace buen rato y a gritos solicitan una puesta al día. Como ese de las tan traídas y llevadas relaciones interétnicas y su amplio bagaje colonial. ¿Dónde estaban y están las fronteras étnicas en Chiapas? ¿Cuál fue y es la relación local entre "cultura" e

identidad? ¿En qué diferían y difieren o en qué puntos se tocan las representaciones colectivas de una y otra etnia? ¿Podemos sin empacho seguir hablando de “lo maya”, “lo zoque” o “lo mestizo” como entidades globalizantes? ¿Cómo se dieron y se dan, en lo sincrónico y diacrónico, las relaciones interculturales en un mundo pluricultural como el chiapaneco? ¿Hasta qué punto los regímenes colonial, liberal y moderno diluyeron y diluyen o exacerbaban y exacerbaban las diferencias y cómo influyó todo ello en la mayor o menor cohesión regional? ¿Qué papel jugaron, en el campo de “lo étnico”, las peculiaridades del capitalismo que caracterizó a los esquemas económicos y las formaciones sociales coloniales? ¿Qué hay de la influencia de haciendas y estancias en el punto anterior? ¿Cuáles fueron los mecanismos, materiales e ideológicos, empleados por cada etnia para apropiarse y refuncionalizar la cultura del dominador (o del dominado), o para seleccionar aquellas constantes de su propia cultura que consideró podría desechar? ¿Cómo influyeron en lo anterior los desplazamientos continuos, los fenómenos naturales, la penetración evangelizadora, el tributo, los repartimientos y el trabajo asalariado que vinieron a modificar los patrones laborales y comerciales y la movilidad regional?

En el campo del interaccionar étnico, como en cualquier otro, desde los tiempos prehispánicos hasta los actuales —pero particularmente en el período colonial— la historia de Chiapas no es más que un océano de preguntas sin respuesta, salpicado de pequeñas islas y enmarcado por asomos de costas continentales, donde muchos investigadores han plantado la bandera que identifica sus pertenencias, al mismo tiempo que —a toda prisa— leen sus “requerimientos” para dar a entender a los otros que esta tierra y sus tesoros (habitantes incluidos), será suya “de paz o de guerra”. Como en tantas otras partes, los cotos académicos están a la orden del día en el estudio de Chiapas prehispánico, colonial o contemporáneo. Yo poseo, tú posees, él posee ... los demás llegaron tarde y estorban. Cada quien adhiere apresuradamente la etiqueta de sus derechos de caza en su mal delimitado territorio (ya después se “compondrán” con la Corona-Academia) y desde allí se permite además reconstruir el resto del universo. Esa *imago mundi* de

pueblos “ombligo” del cosmos no es una actitud exclusivamente indígena. Los trabajos que aquí se compilan (surgidos no de un esfuerzo integrado y común, sino de una serie de acciones personales y no concertadas) participan en buena medida de tal visión “umbilical”, pero no por ello debe soslayarse el mérito de los organizadores del foro que, al invitarnos a una discusión conjunta de materiales tan dispares —teórica y metodológicamente hablando—, nos obligaron a enfrentar lo que de parcial y prejuiciado conllevan los rostros unívocos de las Despinas chiapanecas que pretendimos reconstruir.

Por otra parte, y con todas sus carencias, hay en las contribuciones presentadas intentos valiosos de síntesis como los realizados por Lee y Voorhies al visualizar en un contexto más amplio —regional, cronológico e interdisciplinario— lo que sabemos sobre el Chiapas prehispánico. Igualmente, se abordan regiones y épocas hasta ahora descuidadas como el Soconusco bajo el dominio hispano, conjuntando aspectos arqueológicos y etnohistóricos desde perspectivas poco usuales para el área como son la económica y demográfica (Gasco); se recurre a una lectura etnológica de textos cuyo interés se había considerado más bien ceñido a la lingüística (Ruz); se incide en el análisis de las políticas locales y nacionales sobre patrones “tradicionales”, como el matrimonio y el sistema de cargos en una pequeña comunidad zinacanteca, en la cual la distribución desigual de la riqueza ha provocado una estratificación marcada y, con ella, importantes cambios en los procesos socioculturales (Collier).

Carmack, por su parte, somete a una revisión crítica algunos de los entonces (1986) recientes trabajos que daban cuenta del impacto de los acontecimientos de este siglo sobre los Altos de Chiapas, puntualizando en la manera en que abordan las culturas nativas y lo que él denomina su “construcción”. Esté uno de acuerdo o no con la manera en que Carmack se aproxima a la obra de los cuatro autores considerados, no puede menos que darse la bienvenida a su intento crítico; labor poco frecuente en el medio a pesar de su comprobada utilidad.

La contribución de Gary Gossen, una síntesis revisada de algunos de sus trabajos previos, tiene que ver con la manera peculiar en que una comunidad indígena —en este caso la

chamula— recrea y reinterpreta su propia historia. Tiempo e historia, entendidos ambos como conceptos culturales, se expresan socialmente en una manera diversa a la empleada en la reflexión occidental, pero no por ello menos válida.

Algo que no deseamos pasar por alto es el hincapié puesto por Robert Carmack y Christopher Lutz en difundir en castellano las conferencias. Penitencial resulta ya recordar el desinterés que a menudo muestran los colegas extranjeros en revertir el producto de sus investigaciones a los lugares donde las llevaron a cabo, dificultando así su difusión y revisión crítica por parte de los estudiosos locales, por quienes, aun más a menudo, muestran una olímpica indiferencia rayana en el desprecio.

El presente es, sin duda, un paso importante que nos conduce a una pregunta obligada: ¿cuándo y cómo pondremos al alcance de los propios chiapanecos —indígenas o ladinos— estas porciones de su historia a las que con frecuencia han tenido el acceso vedado? Ante ésta y otro mar de interrogantes que nos circunda y dada la microespecialización cada día creciente, creemos que una de las lecciones del foro en Albany fue el reafirmar en varios de los participantes la convicción de que el trabajo en equipo resulta la posibilidad más viable para avanzar en forma segura y resuelta en el proceso de generación y difusión de conocimiento. Si alguna vez lo fue, es ya imposible manejar con profundidad aceptable las diversas especialidades de las ciencias sociales para aproximarse a una realidad tan compleja como el devenir histórico.

Leer un glifo, analizar un resto óseo, interpretar un documento, interrogar a y obtener respuestas de una construcción suntuosa o un basurero doméstico, delimitar el campo semántico de un término, desentrañar la función social de una tecnonimia de parentesco, rescatar el testimonio de una lucha comunal o desentrañar las voces ocultas en un tejido o un rito, son actividades que sólo adquieren cabal significación cuando se interrelacionan; de no hacerlo, corremos el riesgo de seguir conceptualizando a los seres humanos que nos precedieron o a aquellos que nos acompañan en el proceso histórico como meros objetos; tramoya de fondo para validar nuestros pruritos políticos o académicos, o justificar un reconocimiento personal

en el cada vez más comercializado y burocrático mundo de las ciencias sociales.

Ello seguirá siendo así mientras no nos acerquemos a la realidad que pretendemos aprehender con una idea clara en mente: la que el contribuir a la descolonización del ser humano —nosotros mismos incluidos— a través de la reflexión histórica, no puede ser una empresa individual ni monotemática; requiere de un esfuerzo conjunto e interdisciplinario en el que la voz del otro suene con igual intensidad que la nuestra, aunque su registro sea distinto. Aquí tiene que oírse la voz de todos: la del indígena y la del mestizo, la del que crea la historia y la del que la recrea, viniendo del mar o de tierra adentro. Sólo reflexionando en forma conjunta podremos ayudar a crear una nueva historia que nos dé cabida a todos y en la cual sea posible vivir en igualdad la diferencia.

La nueva escritura de tal historia no puede ni debe entenderse como un proceso cerrado y en sí mismo temporalmente restringido; no es posible hablar, en particular en el caso de Chiapas, de un período de colonialismos ya terminado. Con las modalidades propias de todo proceso social, vivo y actuante, hemos también de dar cuenta de lo que de coloniales exhiben las relaciones en el Chiapas contemporáneo, pues aunque marcada por períodos aún mal definidos, la historia aquí sabe de un *continuum* de despojo, represión y violencia.

Otra tarea se avala urgente: colaborar en la recuperación del discurso histórico por los más directamente afectados durante el largo proceso de expropiación de su propia memoria, indígenas y ladinos pobres. Sólo así, uniendo esfuerzos y conjuntando posibilidades, avanzaremos hacia un diseño global de la cartografía humana de Chiapas. Mientras laboremos aislados, habremos de vérnoslas con portulanos.

El anudar el quehacer historiográfico sobre los materiales del pasado con la tradición oral vigente en las comunidades de hoy se muestra, por ejemplo, un mecanismo factible a mediano plazo. Ayudar a perpetuar la voz de los ancianos a través de la mano de los jóvenes no es labor ajena al verdadero compromiso antropológico; transitando del discurso-etnología a la escritura-historia, la palabra hasta hoy silenciada recuperaría nuevos espacios para desplegar su misión de instrumento de

lucha en tanto asumiera, codificándolos, una experiencia y un proyecto históricos. La Despina chiapaneca mostraría entonces ante nosotros, con deslumbrante realismo, su hermoso rostro pluriétnico, combativo y multiforme.

— Mario Humberto Ruz
Centro de Estudios Mayas, UNAM

Variedades de la historia

Quizá seamos menos pesimistas que Ruz, en lo que a trabajo histórico sobre Chiapas se refiere, aunque en un principio apoyamos específicamente la conferencia sobre la historia de Chiapas, pues pensábamos que los estudios históricos de dicha área se caracterizaban por cierto subdesarrollo con respecto a los de otras regiones mesoamericanas. Aunque una aproximación integral y aun “orgánica” a ese tipo de estudios para una región como Chiapas podría ser deseable —tal como lo ha demostrado Thomas F. Kuhn,¹ entre otros—, la trayectoria científica es, por lo general, una de revoluciones cíclicas. Esto es debido a que las ciencias, incluyendo la historia o la etnohistoria, son empresas humanas que conllevan el bagaje político e ideológico de todo proyecto social. Así, por ejemplo, sería bastante fácil extender nuestra reseña crítica de cuatro historias de fondo de Chiapas (véase nuestro ensayo más adelante), al determinar las tendencias ideológicas ocultas en cada una de ellas y al relacionar dichas tendencias con los cambios en curso dentro de las áreas de antropología e historia. La historia de Chiapas, considerada desde esta perspectiva, parece bastante “normal”, dada la naturaleza pre-paradigmática de la disciplina.

Un punto de vista de la historia que la vea evolucionar —nos abstendremos de decir “hacia adelante”— en forma irregular no podrá más que estar complacido con los ensayos de nuestra colección. Estos claramente no integran una

¹ *The Structure of the Scientific Revolution* (Chicago: University of Chicago Press, 1970).

unidad, ni proveen un panorama equilibrado de los múltiples períodos de tiempo, culturas o sub-regiones de Chiapas. Pero cada ensayo representa una contribución significativa para el entendimiento de los procesos históricos en Chiapas: a saber, un sumario particularmente claro y completo sobre la prehistoria, un ejemplo de libro de texto de la explotación de los recursos coloniales para el entendimiento de la visión indígena del mundo, una síntesis enteramente original de la arqueología y la etnohistoria para el Soconusco, un análisis microdemográfico sin comparación para dicha región, una ejemplar expresión de la propia visión maya de la historia y un análisis microhistórico de la estratificación, la cual en el pasado fue casi siempre tratada en forma sincrónica. Esta es una buena "cosecha" —diríamos— en cuanto a conocimiento creado como a paradigmas probados.

Este último punto nos lleva al problema inicial al que nos aferramos al planear la conferencia; es decir, ¿cómo obrar con respecto a las múltiples variedades de historia que se hayan escrito en los estudios sobre Chiapas? Al tratar de definir el concepto de variedad durante la organización de una conferencia, se nos ocurrieron en un principio tipologías simples: por disciplina (arqueología, etnohistoria, sociología), por períodos históricos (prehispánico, colonial, moderno), por región geográfica (los Altos, la vertiente del Pacífico, la depresión central) o por grupos étnicos (tzotziles, tzeltales, zoques, mestizos, criollos). Sin embargo, lo que resultó de las ponencias fueron diferencias sorprendentes en cuanto a enfoques y a métodos. Es así como, por ejemplo, Vogt y Lee abordaron sus temas con amplias comparaciones de procesos culturales a largo plazo. Gossen trató su materia desde adentro, demostrando cómo es que los indígenas han intentado canalizar corrientes históricas dentro de los límites de su propia tradición cultural. Quezada y Carmack dirigieron sus esfuerzos hacia los eventos históricos en cuanto a su impacto en instituciones sociales y patrones culturales. MacLeod, Gasco y Collier tendieron a examinar factores ambientales sensibles, tales como la población y la producción, como formas para explicar eventos históricos.

Por supuesto que éstas son caracterizaciones hipersimpli-

ficadas de los ensayos y quizá los autores mismos estén en desacuerdo con ellas. Sin embargo, creemos que ilustran la saludable diversidad que reinó en nuestra conferencia, al igual que los documentos que aquí presentamos. Sería interesante especular aún más en materia de tipología, al postular sobre las hipótesis teóricas subyacentes de estos enfoques diversos. Preferimos, sin embargo, mantener nuestra discusión a nivel metodológico. Para esto referiremos al lector a una clasificación reciente de historias sociales, realizada por Theda Skocpol.² En su esquema, se considera que las historias sociales pueden dividirse en tres tipos según la metodología empleada: primero, el *general*, dentro del cual los datos históricos son vistos dentro del contexto de una teoría global sobre el cambio social; segundo, el *interpretativo*, en el cual los datos mismos dirigen al estudio hacia informes culturales altamente específicos; y tercero, el *empírico*, donde se comparan datos, se deducen generalizaciones empíricas y se emplean teorías de diversas índoles para realizar explicaciones. El trabajo de Wallerstein es un ejemplo del enfoque general, mientras que los de Geertz y de Barrington Moore son interpretativo y empírico, respectivamente.

No es difícil encontrar características de estos tres tipos de historias en los estudios históricos sobre Chiapas, incluyendo los que aquí presentamos. Los estudios históricos de Wasserstrom parecen ser el prototipo de los del grupo "general", de acuerdo al término de Skocpol. Los trabajos de Collier y Lee caen cómodamente dentro del tipo "empírico"; y el enfoque de Gossen es "interpretativo" en su totalidad, incluyendo su elegancia de estilo. Skocpol no trata de disfrazar su preferencia por el enfoque empírico y lo mismo hacemos nosotros en el ensayo que más adelante presentamos. A pesar de todo, ella arguye —y no sólo en forma retórica— que los tres tipos de enfoques son útiles y tienen sus respectivos puntos fuertes y débiles. En forma entusiasta, estamos de acuerdo con ella en cuanto a este importante juicio, el que consideramos defendido con la presente colección de ensayos. Más aún, sospechamos

² *Vision and Method in Historical Sociology* (Cambridge: Cambridge University Press, 1984).

que los autores de los mismos estarían de acuerdo en forma unánime en que el objeto de las contribuciones debería ser instituciones sociales cambiantes más que eventos históricos *per se*.

Esto aún deja margen para disentir sobre los que deberían ser los factores más importantes que afecten los cambios sociales. Tales desacuerdos, aunados a las diferencias —en cuanto a metodología y marcos teóricos— que mencionáramos antes, proveen en nuestra opinión un saludable contexto para las variedades de la historia de Chiapas que a continuación exponemos.

— Robert M. Carmack
SUNY, Albany